

suceso al general en jefe, que residía en Mérida, y pidió al mismo tiempo auxilio de hombres y municiones de guerra para conservar la interesante plaza que tenía orden de defender á toda costa.

Hacia algún tiempo que el general Llergo venía dictando las disposiciones necesarias para impedir que Izamal cayese en poder de los sublevados. Por orden suya el coronel D. Juan José Méndez, que se hallaba en Cacalchén con una fuerza, había subido hasta Citilcum, y de este último pueblo salieron 100 hombres al mando del teniente coronel D. Sebastián Molas, para llevar á la ciudad sitiada los pertrechos de guerra que había pedido el jefe de la división. Esta fuerza penetró sin grandes obstáculos en la plaza; pero el coronel Bello no las dejó salir so pretexto de que las tropas que tenía no bastaban para la defensa de la ciudad. Esta determinación no dejó de perjudicar á las operaciones de la guerra; porque debilitado el cantón de Citilcum, ya se hicieron muy difíciles las comunicaciones con Izamal. Los indios no tardaron en apercibirse de esta debilidad, y el día 25 atacaron á D. Juan José Méndez, desprendiendo un número considerable de las masas que asediaban la antigua corte de Zamná. Pero las fuerzas del cantón se defendieron con bizarría, y los indios fueron rechazados y perseguidos hasta una distancia considerable.

Fuera de la resolución que acabamos de indicar, existían otros obstáculos aun más poderosos, que se oponían al buen éxito de las operaciones. Don José del Carmen Bello y don Juan José Méndez eran enemigos políticos, á causa de que el primero era partidario de D. Santiago Méndez, y el segundo de D. Miguel Barbachano. Parecerá extraño, sin duda, que en aquellos momentos de angustia para la patria, todavía se hicieran sentir las rencillas de partido en perjuicio de la salvación común. Nada era, sin embargo, más cierto, y aun cuando no existieran otras pruebas del hecho,

bastaría para revelarlo el tenor de las notas que cada uno de aquellos jefes dirigía al general Llergo. Cuando Bello decía que estaba exhausto de víveres y municiones, Méndez lo negaba, y cuando el primero aseguraba que el sitio de Izamal se extendía hasta el camino de Citilcum, el segundo afirmaba lo contrario. La imparcialidad histórica exige que consignemos aquí que el coronel Méndez tenía razón, en general, en cuanto decía, y que si no hizo en favor de su antagonista todo cuanto hubiera podido, al menos cumplió leal y valerosamente las órdenes que recibía del general en jefe.

La situación de Izamal no era tan grave como la pintaba el coronel Bello. Es verdad que eran bastante numerosas las masas de indios que asediaban la ciudad, y que cada día aproximaban más sus trincheras á la línea de defensa. Pero las tropas de la plaza se batían todavía con entusiasmo, y salían generalmente vencedoras en los encuentros que tenían con los sitiadores; el parque no debía escasear, porque hasta el día 25 entraron doce cajas, que vinieron escoltadas desde Citilcum, y, por último, el gobierno, haciendo un esfuerzo poderoso, había reunido cerca de quinientos hombres, que estaban próximos á llegar á la ciudad sitiada; pero que D. Juan Méndez detuvo en su campamento, porque recibió de Bello la inesperada noticia de que en un consejo de guerra había sido acordada la desocupación de aquella plaza, por la falta de elementos necesarios para su defensa.

No hubo tiempo para poner en conocimiento del gobierno esta grave resolución, porque en la mañana del 29 de mayo el coronel Bello se presentó súbitamente en Tekantó con los ochocientos ó mil hombres que acababa de sacar de Izamal, é inmediatamente se ocupó en dar un parte en que procuraba cohonestar la desocupación de aquella ciudad. Decía en esta nota que en la noche anterior había subido á tal grado la audacia de los indios, que habían llegado á

tocar con las manos las trincheras de la plaza, con el ánimo de echarlas sobre los soldados que no podían defenderlas por falta de parque. Añadía que en tal conflicto había determinado aprovechar sus últimos cartuchos en proporcionar una retirada que salvase á sus soldados, y que había verificado ésta por caminos extraviados, á causa de que la carretera principal estaba obstruida por el enemigo.

A fin de que el lector pueda formar una idea de la impresión que causó en el país el suceso que acabamos de referir, vamos á copiar en seguida un fragmento del editorial que estampó en sus columnas el *Boletín oficial* del día 30: «El abandono de la ciudad de Izamal, que participa desde Tekantó el comandante de la cuarta división, que guarnecía con el grueso de sus fuerzas aquella plaza, ha sorprendido sobremanera al gobierno, al general en jefe y al público en general. Es un hecho escandaloso, que no sabemos cómo podrá cohonestar D. José Bello en un consejo de guerra, cuando en su comunicación del día anterior, lejos de indicar la necesidad de aquel paso, participa, por una parte, haber causado al enemigo una pérdida considerable, y, por otra, haber recibido de Citulcum en aquel mismo día doce cajas de parque y algunas piedras de chispa, y siendo también notorio que en todos los días anteriores recibió del mismo punto diversas remesas de municiones.—Alegar, para justificar la vergonzosa evacuación de Izamal..... carencia absoluta de municiones y hallarse muy estrechado por el enemigo, y en grandísimo peligro, es alegar causas falsas y poner de manifiesto que procedía sin razón alguna al dar un paso de tan trascendentales consecuencias en el estado actual de la guerra..... Izamal, posición ventajosa por su naturaleza, sin haber sido rigurosamente sitiada por los indios, supuesto que tenía expeditos por lo menos los caminos de Tekantó y de Citilcum..... no ha debido ser abandonada por ningún motivo ni pretexto.....»

La desocupación de Izamal, que siguió en muy pocos días

á la de Ticul, hizo llegar al colmo la desesperación de la raza blanca. Nunca como entonces se creyó con más fundamento que Yucatán iba á perderse completamente para la civilización. Cuatro quintas partes de la Península, cuando menos, se hallaban en poder de los bárbaros. Sólo quedaban en pie las ciudades de Mérida y Campeche, algunos pueblos de sus alrededores y los que se hallan situados en la carretera que une á las dos ciudades. Campeche podía descansar tranquilamente en sus murallas y en el mar que baña los cimientos de sus edificios; pero Mérida, que sólo contaba con unas fortificaciones improvisadas y con un desmonte que se había mandado practicar en circunferencia de la población, corría en realidad en aquellos momentos el peligro inminente de ser embestida por los bárbaros. Es verdad que contaba todavía para su defensa con las fuerzas de la primera división, que se habían concentrado en Cacalchén; con las de la tercera, que residían en Hocabá, y con las de la cuarta, que se habían amontonado en Uayalceh. Pero todas estas fuerzas, con excepción acaso de las de Hocabá, se hallaban en un completo estado de desmoralización. Habían venido retrocediendo constantemente delante de los indios, desde los confines del sur y del oriente de la Península, hasta las inmediaciones de la capital. Y cuando se retrocede de esta manera ante un enemigo que siembra á su paso el asesinato, el robo y el incendio, el ánimo decae, el sufrimiento se agota y hasta el ejército más aguerrido llega á desconfiar de sus propias fuerzas.

No era esto todo. El antagonismo que reinaba entre los partidos de Méndez y Barbachano, y que realmente no se extinguió sino cuando estos dos hombres desaparecieron de la escena política, producía celos y desconfianzas, no solamente entre los jefes, como hemos visto, sino hasta en las últimas filas de nuestro pequeño ejército. La envidia roía el corazón de los partidarios de un bando cuando los del contrario alcanzaban algun triunfo ruidoso, y nadie veía

sino con secreto placer la derrota de su enemigo. Cuando un jefe se encontraba en un grave aprieto, muchas veces no lo socorria el que podía hacerlo por no proporcionar un laurel á su enemigo político. Parecía que aquellos hombres se preocupaban menos de la salvación de la raza civilizada que de la exaltación del bando á que respectivamente pertenecían. Cuando D. Santiago Méndez dió un grande ejemplo de civismo entregando el gobierno del Estado á su antagonista Barbachano, no por eso conjuró el peligro. Si los *barbachanistas* habían puesto antes todo su empeño en precipitar á aquel gobernante á dar el paso á que acabamos de aludir, los *mendistas* comenzaron desde entonces á entibiarse notablemente, y aun á abandonar sus puestos en el ejército, con el deseo de crear dificultades al partido que odiaban.

Todas estas causas, unidas al miserable prest que tenía el soldado en campaña, y que generalmente se reducía á un rancho escaso y mal preparado, produjeron un resultado funesto en las fuerzas defensoras de la civilización. Ya hemos dicho que en Temax se sublevó el Ligerero de Campeche, obligando á D. Agustín León á retirarse precipitadamente á Mérida; en Maxcanú se sublevó otra luego que don Santiago Méndez abandonó el gobierno, y, por último, también se insurreccionó una ó dos veces la fuerza que el gobierno situó en la hacienda Uayalceh, durante el asedio de Ticul. Sucesos semejantes tuvieron lugar en algunos otros puntos del Estado, y como si esto no hubiese sido bastante para relajar la disciplina del ejército, varios de sus individuos desertaban aisladamente con el objeto de salvar á sus familias, hundidas en la miseria y en el abatimiento.

Si esto sucedía respecto del soldado, fácilmente puede comprenderse la honda impresión que en los demás habitantes de la Península causaron los repetidos triunfos de la raza indígena. Casi todos habían emigrado, como hemos

dicho, á Mérida y Campeche, y puede calcularse en treinta ó cuarenta mil el número de los que llegaron á acumularse en la primera de estas dos ciudades. El jefe político don Antonio G. Rejón, el capitular D. Juan Miguel Castro y otras muchas autoridades y personas caritativas, tomaron el mayor empeño en prestar toda clase de auxilios á estos desgraciados que llegaban desnudos y hambrientos á la capital. Casi todos los edificios públicos y gran número de particulares se mandaron desocupar para alojarlos. El Seminario conciliar de San Ildefonso, el Colegio de San Pedro, el antiguo convento de San Francisco y las casas más vastas de la ciudad, se veían henchidas de mujeres, de niños y de ancianos, que apenas osaban mostrarse en público, porque llevaban el traje desgarrado sobre el cuerpo y el abatimiento pintado en el semblante.

Pero la emigración no paró en Mérida y Campeche. Abriábase generalmente el temor de que la Península entera llegaría al fin á ser dominada por los bárbaros, y con este motivo muchas familias acomodadas comenzaron á emigrar también á la isla del Carmen, á la Palizada, á algunos Estados de la república mexicana, á Belice y á la isla de Cuba. Para hacer estos viajes, se hacía necesario desprenderse de todo aquello que los emigrados no podían llevarse consigo; pero como era muy difícil encontrar compradores, las ventas se realizaban á precios fabulosamente baratos. El que poseía una finca rústica ó urbana se consideraba muy feliz cuando encontraba quien le diese por ella la décima ó vigésima parte de su valor. Los comerciantes publicaban anuncios en que ofrecían vender los efectos depositados en sus almacenes al precio que quisiera señalarles el postor. Sólo había un negocio lucrativo en aquella época calamitosa: el de los dueños de carruajes y embarcaciones que conducían masas de emigrados adonde no podía alcanzarlas la cuchilla del salvaje.

Todo, en suma, parecía indicar que la civilización iba

á desaparecer muy pronto de esta región del continente americano, en que había sido implantada con todo género de dificultades. Los mismos hombres que en el campo de batalla disputaban todavía el último jirón á los descendientes de los mayas, convertían con frecuencia los ojos hacia los países á que habían emigrado sus mujeres y sus hijos, y sentían que el arma se les deslizaba del brazo al considerar que podían perecer en una lucha desesperada, lejos de los seres más queridos de su corazón.

CAPÍTULO IX

1848

Reacción en favor de la raza civilizada.—Examen de las causas que la ocasionaron.—Las fuerzas de la cuarta división comienzan á avanzar en dirección al Oriente, haciendo retroceder constantemente á los sublevados.—Ocupación sucesiva de Izamal, Sitalpech, Tunkas, Cenotillo, Tixbaká y Ditas.—Obtiene iguales resultados la primera división, que opera en el Sur, y ocupa sucesivamente á Sacalum, Muna, Ticul, Chapab, Mani, Pustunich, Yotholin, Oxkutzcab, Akil y Tekax.—Operaciones de la tercera división en el Centro, y de la segunda en la Sierra Baja.—Los indios son batidos sucesivamente en Zavala, Sotuta, Tecoh, Homún, Cuzamá, Huhí, Teabo, Mama, Tabi y Yaxcabá.—Encuentros notables enlazados con estos sucesos.

En medio del abatimiento y la postración á que había llegado la raza civilizada de la Península, el gobernador Barbachano y el general Llergo se resolvieron á adoptar medidas enérgicas para tentar el último medio de salvación. El país estaba próximo á hundirse, y era necesario saltar por toda clase de consideraciones para impedir su ruina. La primera medida á que se apeló desde luego, fué la de remover de sus destinos á algunos de los jefes principales, que por culpa suya ó por obra de las circunstancias habían venido retrocediendo constantemente delante de los bárbaros, acabando con la poca fe que quedaba á nuestro pequeño ejército. Don José del Carmen Bello fué reemplazado en el mando de la cuarta división con el coronel D. Juan José Méndez, y D. Alberto Morales en el mando de la primera con el coronel D. José D. Cetina. Los dos